

Victorino Girardi Stellin
Obispo de Tilarán - Costa Rica

LA IGLESIA EN AMÉRICA: NUEVA EVANGELIZACIÓN Y EN CAMINO HACIA LA MISIÓN "AD GENTES"

De este amplio tema voy a desarrollar brevemente, en tres momentos, los siguientes puntos: una presentación, necesariamente aproximativa de "nuestro" Continente y más bien desde los "contrastes" que desde las "convergencias". Sucesivamente veremos el "crescendo" del magisterio misionero de Juan Pablo II para que nos proyectemos "más allá de las fronteras". En un tercer momento, nos acercaremos a la Nueva Evangelización; trataré este punto después de haber comentado la invitación pontificia a la misión "ad gentes", ya que ha sido sólo a partir de 1983 - casi cinco años después de haber sido elegido Papa - que el Santo Padre insistentemente nos ha convocado a la Nueva Evangelización para América.

I-1

Ha llegado la hora

Entre el 22 y 26 de enero del año 1999, Juan Pablo II, realizó su cuarta visita a México para firmar en la Basílica de nuestra Señora de Guadalupe, y para entregar a todos los católicos de América, su exhortación apostólica postsinodal: *Ecclesia in America*. El documento recoge muchas de las conclusiones a las que llegaron los Obispos de nuestro Continente, en la Asamblea Especial para América. En efecto, en la perspectiva del gran Jubileo del Año 2000, el Papa quiso que tuviera lugar una Asamblea Especial del Sínodo de Obispos para cada uno de los cinco Continentes: así se reunió una asamblea especial del Sínodo de Obispos en Roma dedicado a África (1995), a Asia (1998), a Oceanía (el mismo año) a América en diciembre de 1997 y a Europa (1999).

Se le nombró Asamblea Especial del Sínodo de Obispos para América, como "realidad única". Para nosotros, acostumbrados a las Asambleas del CELAM y a considerar América del Norte y a América Latina, como dos realidades cultural y religiosamente bien definidas, este hecho nos resultó sorprendente. No podemos además pasar por alto que entre estas dos realidades - cuando en otras partes han caído "muros"-, todavía hoy en día, existen alambradas, perros, policías armados controles cada vez más exigentes, y leyes que restringen el paso de una a la otra... Ha sido una opción del Papa, el considerarnos en unidad. Tenía que venirnos de fuera esta voluntad explícita de vernos como único Continente, ya que por muchas razones históricas, culturales, sociales, económicas, sentimos o percibimos más las diferencias que las convergencias, las "agresiones" del Norte en contra del Sur, más que la voluntad de comunión... Para entender este paso de trascendental importancia para la Iglesia Católica en

América, hay que volver al discurso inaugural del Papa Juan Pablo II para la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo (12 de octubre de 1992). En aquella ocasión les dijo el Santo Padre: «La Iglesia, ya a las puertas del tercer milenio cristiano y en unos tiempos en que han caído muchas barreras y fronteras ideológicas, siente como un deber ineludible unir espiritualmente aún más a todos los pueblos que forman este gran Continente, y a la vez, desde la misión religiosa que le es propia, impulsar un espíritu solidario entre todos ellos»¹.

En esa misma intervención Juan Pablo II, invitó a los Obispos de América Latina y del Caribe a «valorar la oportunidad para que en un futuro no lejano, pudiera celebrarse en encuentro de los representantes de los Episcopados de todo el Continente Americano, que podría tener también carácter sinodal, en orden a incrementar la cooperación entre las diferentes Iglesias particulares, en los distintos campos de la acción pastoral y en el que, dentro del marco de la nueva evangelización y como expresión de comunión episcopal, se afronten también los problemas relativos a la justicia y a la solidaridad entre las naciones de América»².

Juan Pablo II, con visión profética y auténtico optimismo cristiano, lanzó esa invitación, pero muy conciente de las dificultades que hubiese encontrado su realización, como puso de relieve unos años más tarde en su carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, de 1994 en que convocó la Asamblea Sinodal para toda América, «sobre la problemática de la nueva evangelización en las dos partes del mismo continente, tan diversas entre sí por su origen y su historia, y sobre la cuestión de la justicia y de las relaciones económicas internacionales, considerando la enorme desigualdad entre el Norte y el Sur»³.

De hecho la invitación del Papa, no parece que haya recibido mucha acogida durante la Asamblea General del CELAM en Sto. Domingo. Los que participaron en ella afirman que pudo haber caído en el vacío, si Mons. Gregorio McRath, arzobispo de Panamá, naturalmente más atento a la propuesta del S. Padre, por su origen, su cultura y su posición “puente” entre los obispos del Norte y los de Latinoamérica, no hubiese hecho lo posible para que se le concediera la debida atención.

De todos modos, después de la publicación de la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* se iniciaron los trabajos preparativos propiamente dichos, hasta llegar a la Asamblea Especial de los Obispos para América, celebrada en el Vaticano del 16 de noviembre al 12 de diciembre de 1997. Fruto de esta Asamblea especial es la exhortación apostólica *Ecclesia in America* que es pues el primer documento del Magisterio de la Iglesia Católica en América, es decir de todo el Continente, fijando así una nueva etapa de la historia de la Iglesia en nuestros Países. La preparación de un único documento para todas las Iglesias locales, desde Canadá a Patagonia, no ha sido nada fácil, obviamente, y los que han vivido el Sínodo pueden testimoniar las di-

1 CELAM, *Santo Domingo Conclusiones*, ed. de la Conferencia Ep. de Guatemala, Ciudad de Guatemala-Guatemala 1992, n. 17, p. 10.

2 *Ibid.*, n. 17, p. 10.

3 JUAN PABLO II, lett. ap. *Tertio Millennio Adveniente* (10 noviembre 1994), 38.

ficultades que han encontrado los Obispos de América del Norte para comprender los problemas y los obstáculos de sus hermanos del Centro, de Sudamérica y del Caribe. Este hecho puede ayudar a situar los inevitables límites del mismo documento, particularmente en lo referente a la problemática propia de cada Iglesia particular. Sin embargo el paso ya está dado: no cabe volver atrás, y ya vemos los frutos de la Asamblea y de la exhortación *Ecclesia in America*, que se manifiestan en el fortalecimiento de la solidaridad entre las Iglesia del Sur y del Norte, sobre temas tan dolorosos, e inquietantes como los de los refugiados, de la pobreza, de los migrantes, de las catástrofes naturales...

1.2

Profundos y trágicos contrastes

La exhortación postsinodal habla de «elementos comunes a todos los pueblos de América, entre los que sobresale una misma identidad cristiana, así como también una auténtica búsqueda del fortalecimiento de los lazos de solidaridad y comunión entre las diversas expresiones del rico patrimonio cultural del Continente»⁴. Pero esta afirmación no deja en sombra, en absoluto, los contrastes y paradojas de nuestro Continente.

Veamos algunas. Sabemos que casi 1150 millones de católicos en el mundo, unos 530.000.000 viven en América Latina y el Caribe, y a ellos hay que añadir los casi 90 millones de Estados Unidos y Canadá⁵. Los católicos somos pues el 63% de la entera población de América. En el viejo Continente de donde recibimos la fe cristiana, los católicos alcanzan sólo un 39%. Tenemos los tres países con el mayor número de católicos: Brasil con 140 millones (80% de la población), México con 93 millones y Estados Unidos con 60 millones. La población católica servida por 1750 Obispos, 121.400 Sacerdotes, 230.885 Religiosas, 1.171.707 Catequistas, mientras van formándose para el sacerdocio casi 40.000 seminaristas. Son cifras que nos ayudan a comprender la importancia que tiene nuestro Continente en su conjunto para la entera Iglesia de hoy. Acá no vive una porción “cualquiera” del catolicismo, sino que somos el 60% de la feligresía católica mundial y acá vive y trabaja la mayor parte del episcopado. Somos también quizá la Iglesia más dinámica y creativa pastoralmente hablando. Sigue siendo la plena actualidad lo que dijo Juan Pablo II en su primer viaje apostólico – a México precisamente, en 1979 –: «Vengo a esta porción viva eclesial, la más numerosa, parte vital para el futuro de la Iglesia Católica... El Papa quiere estar cercano a esta Iglesia evangelizadora, para alentar su esfuerzo, para traerle nueva esperanza a su esperanza, para ayudarle a discernir sus caminos, robusteciendo lo que convenga, para que sea cada vez más fiel a su misión»⁶.

4 JUAN PABLO II, es. ap. *Ecclesia in America* (22 enero 1999), 5.

5 Para todas las estadísticas siguientes cf. *Annuarium Statisticum Ecclesiae* (Libreria Vaticana) y el *Informe sobre Desarrollo Humano de 1998* pu-

blicada por el programa de NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD).

6 JUAN PABLO II, *Discurso en el aeropuerto de México*, 25-1-1979.

Sin embargo, y en abierto contraste con esta realidad que ha hecho hablar de América Latina como del “Continente de la Esperanza”, debemos constatar que hasta ahora, después de 500 años de presencia cristiana, la Iglesia Amerindia, está bien lejos de haberse constituido, aunque debamos reconocer el surgir de tímidos comienzos. En América Latina tenemos más de 52 millones de indígenas, de los cuales el 90% se encuentra en 5 países: México con 23 millones y medio, Guatemala con 6 millones, Ecuador con 5, Perú con 11 y Bolivia con 4. Pero no hay una Iglesia que sea realmente “de ellos”: queramos o no reconocerlo, no cabe hablar en absoluto de una jerarquía indígena, de una Iglesia realmente inculturada. Si un joven indígena quisiera ser sacerdote, por ejemplo, debe abandonar su idioma, su cultura y someterse a un exigente proceso de transculturación. Muy diferente es el caso de África subsahariana, después de unos 120 años de evangelización, ya cuenta con unos 25 cardenales, y la casi totalidad de obispos africanos, a pesar de que los católicos corresponden sólo a un casi 16% de la entera población del Continente africano... Dolorosamente, el mundo Amerindio nunca ha sido un auténtico interlocutor cultural para la Iglesia que de Europa se vino a América: se trasladó acá la Iglesia católica más que hacerla “surgir”.

Hay más contrastes y paradojas.

En América se halla el País de más elevado Producto Interno Bruto, de mayor riqueza y el que controla más poder económico, militar y político en el mundo, pero a la vez tenemos a uno de los países más pobres del planeta, Haití, que no nos permite olvidar que en nuestro Continente viven unos 220 millones en situación de grave pobreza, particularmente en Guatemala, Nicaragua (uno de los países más despoblados de América), Bolivia, Perú y el inmenso y “rico” Brasil.

Al lado de las 4 naciones más extensas del Mundo (Brasil, Canadá, EE.UU., México) se hallan los países más pequeños, como son S. Lucía, Guadalupa, Barbados...

Las Universidades que han logrado el mayor número de premios Nobeles (Tecnológico de Boston, Harvard, Yale, Princeton...) se encuentran en nuestro Continente, pero se da también Países del más alto analfabetismo: en ciertos poblados indígenas de Guatemala, por ejemplo, la casi totalidad de las mujeres son analfabetas, así en algunas serranías de Perú y Bolivia.

En el sector económico, todos reconocen los extraordinarios recursos materiales de todo tipo que tiene América. No olvidemos, por ejemplo, que todavía hoy en día, la mayoría de plata – un 75% – que circula por el mundo, es mexicana. Todos estamos enterados de la reservas de “oro negro” (petróleo) de México, Venezuela, EE.UU., Alaska, Caribe... las materias primeras son muy abundantes, pero a parte el caso del Norte, la precaria capacidad técnica de la mayoría de nuestros Países no permite explotarlas. Son las transnacionales, casi siempre extranjeras las que explotan, haciendo que las ganancias queden en manos de pocos. Otras veces sobre ciertas materias primas, como el caso del petróleo en México, pesa la grave e insoluble hipoteca de la deuda externa. Hay un sector en el que el contraste además de paradójico, es vergon-

zoso. Me refiero a la distribución de la riqueza. Los documentos de Medellín, Puebla, Santo Domingo ya han evidenciado repetidamente esta distancia entre ricos y pobres en América, distancia que en ocasiones es ya un abismo. He aquí unas cifras: menos del 20% de la población percibe y controla el 70% de la riqueza en Brasil, 65% en Colombia, 61% en México, el 57% en Venezuela, 54% en Perú, 52% en Chile... Sólo pocos países árabes, productores de petróleo superan nuestros niveles de desigualdad. A estas cifras, añadamos que un 10% de nuestra población americana, vive en la miseria. Por otra parte, no se ve un camino de salida de estas situaciones, más bien ellas parecen agravarse inclusive por la desfachada política económica del neoliberalismo y por el duro fenómeno de la globalización. Pero hay otro hecho que influye en todo esto: la población en el sur de nuestro Continente, en general, ha crecido con un ritmo que dificulta enormemente que pueda ofrecérsele un adecuado número de puestos de trabajo. Solo un ejemplo: hace solo 60 años, todos los habitantes de México eran los que ahora son los moradores del Distrito Federal con sus ciudades suburbanas, a saber unos 30 millones. En otros términos, la población joven es absolutamente la mayoría: demos otra vez el ejemplo de México, el país Latinoamericano más al Norte y a la vez con casi la mitad de la población indígena de nuestro Continente. Allí la población de 1 a 14 años es 10 veces más numerosa que la de 70 a 80 años, con una pirámide de edades, pues, casi perfecta. El contraste con Europa es importante: en el viejo Continente la proporción es de 4.5% de niños de 1 a 14 años con 3.1% de ancianos de 70 a 80 años. Es en este Continente en el que peregrina nuestra Iglesia «entre angustias y esperanzas, entre frustraciones y expectativas»⁷, con la certeza de que Cristo es el Señor de la Historia, y el Espíritu Santo, el protagonista de la Misión, por lo cual también el segundo milenio constituye para nosotros, como por lo demás cualquier otra época, un “umbral de esperanza”.

I.3

Rasgos de nuestra Iglesia

Ante todo una constatación. Convivimos con lo que leemos en el n.14 de *Ecclesia in America*, a pesar de tantos contrastes, «el cristianismo, y, en grado más profundo, el catolicismo, ha determinado la identidad de América, su fisonomía religiosa, impregnada de valores morales que si bien no siempre se han vivido coherentemente y en ocasiones se han puesto en discusión, pueden considerarse en cierto modo patrimonio de todos los habitantes de América, incluso de quienes no se identifican con ellos». Ahora bien, esta realidad de hecho es vivida en ambientes culturales muy distintos: con extraordinaria vitalidad a veces, como en ciertas zonas de Costa Rica, de la misma Colombia o de Jalisco en México, y a veces dando la impresión de un cristianismo agonizante. Así lo expresa la misma *Ecclesia in América*: tenemos que ser Iglesia en «Países muy afectados por el secularismo y en otros donde todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana»⁸. Más

7 CELAM, *Documentos de Puebla*, 72.

8 JUAN PABLO II, es. ap. *Ecclesia in América*, 6. Cf.

JUAN PABLO II, *Christifideles Laici* (30 diciembre 1998), 34.

concretamente: en Canadá y EE.UU., la Iglesia debe hacerse a la idea de estar en una situación minoritaria, aceptando además que su posición actual en la sociedad ya no es la de hace 35 años, a pesar de la fuerte inmigración latina, particularmente a Estados Unidos en donde la mitad de católicos celebran en español y portugués, pero constatando a la vez que muchos inmigrantes católicos latinos, o terminan en la indiferencia o pasan a otras confesiones cristianas y otros a las sectas⁹. Pero en América Latina, tenemos todavía “espacios humanos” en que el catolicismo sigue impregnando la mayoría de las propias manifestaciones culturales, marcando el ritmo de la vida con sus fiestas y celebraciones¹⁰.

Podemos decir que el sentido religioso o de lo “religioso” en general no ha disminuido: el advenimiento de la “Ciudad Secular” profetizado por Harvey Cox y por otros teólogos de la muerte de Dios (Altizer, Van Buren, Hamilton) de los años 70, no se ha dado¹¹, y si debemos reconocer un abandono de las Iglesias históricas, a veces hasta masivo, debemos admitir una «vuelta de lo sagrado», y hasta cierta «credulidad fácil y acrítica»¹² propia de la postmodernidad y que ha encontrado su expresión más a la moda en la “New Age”. Aunque dentro de su tono sensacionalista, propio de los medios de comunicación, resultan significativos los resultados de una encuesta realizada entre adolescentes y jóvenes, que publicó la revista evangélica de Estados Unidos, “Christianity today”, en un artículo titulado “The class of 00”, o promoción del 2000. Pues bien, los adolescentes de hoy no son tan rebeldes como los de la década de 1970, ni tan materialistas como los de la década de 1980... Entre sus mayores inquietudes está la decadencia de los valores morales y sociales. Les preocupan la delincuencia y la violencia, el SIDA, la droga, los problemas ambientales. Siete de cada diez afirman que la religión es importante en su vida¹³. En cualquier caso, la secularización de la postmodernidad americana no es antirreligiosa aunque tenga poca confianza en el cristianismo. Al respecto, resulta hasta sorprendente la credulidad de la gente de hoy. Un amigo nuestro Carlos Alonso Vargas, nos narra la siguiente experiencia: «Hace seis años (1997) asistí a un foro en que un estudiante universitario costarricense, líder evangélico, afirmó con acierto algo así: Hace quince años era muy difícil evangelizar a los universitarios porque no querían creer en nada; había por comenzar por convencerlos de que Dios existía. Hoy lo difícil es que están dispuestos a creer en cualquier cosa y así como pueden aceptar el mensaje cristiano pueden aceptar también y mezclar con él muchas otras cosas»¹⁴.

Hay aquí para nuestras Iglesias de América, para todos nosotros, simultáneamente, un

reto y una oportunidad. Es aquí donde el Papa nos propone que nos comprometamos a fondo en la nueva Evangelización.

Ahora bien, ese sentido religioso, más bien “light”, como se nos ha dado calificarlo, de hecho está teniendo distintas canalización y expresión en nuestro Continente. Puede conducir hacia los nuevos movimientos religiosos, hacia las sectas. Se nos informa que de los nuevos miembros de las sectas en América un 60% provienen de la Iglesia Católica ... aunque los que se pasan a las sectas sean católicos más bien “marginales”, es decir de casi ninguna práctica religiosa en su comunidad. La “vuelta a lo sagrado” alimenta también y sobre todo, manifestaciones de vitalidad de auténtica fe, como acontece en los muchos “movimientos de vida cristiana”. Por lo general particularmente cuando van surgiendo, estos movimientos no son favorablemente aceptados por la jerarquía eclesial pero nadie hoy en día niega la fecundidad apostólica y la fuerza evangelizadora de movimientos como la Renovación en el Espíritu, el Camino Neocatecumenal, los Focolares, Comunión y Liberación, Schonstatt... y varios otros. Constatamos que son movimientos más bien de carácter “pentecostal” (los mismos fundadores son casi siempre laicos), en que se privilegia la oración y la sanación interior, con su riesgo pues de cierto “espiritualismo” a costa del empeño social. Debemos reconocer sin embargo que estos movimientos tienen mayor poder convocatorio, sin duda alguna, que la organización tan programada por no pocos de nuestro obispos, de las pequeñas comunidades cristianas “o de base”. En Brasil mismo, la “patria” de las pequeñas comunidades de base, éstas nunca lograron organizar más de 8% de la entera población católica, frente a un muy rápido difundirse del movimiento carismático o de Renovación en el Espíritu. Se trata de movimientos (hay otros de carácter más local) que implican sus riesgos: hemos constatado que a veces podrían constituir grupos que hacen pensar en Iglesias dentro de la Iglesia, con peligro de ruptura de la verdadera comunión eclesial, si embargo, como hace notar el mismo Card. Ratzinger, en su globalidad, ellos son un verdadero don del Espíritu a su Iglesia¹⁵. A parte del movimiento de la Renovación en el Espíritu, los otros son de origen europeo, pero se han difundido rápidamente en nuestro Continente, y se prevee que vayan a tener una función o papel “protagónico” en la Iglesia del 2000 como hacen notar los Documentos de Sto. Domingo y ahora la exhortación *Eccelesia in America*. «Los Pastores han de estimar profundamente – nos dice el Papa – el testimonio y la acción evangelizadora de los laicos que integrados en el Pueblo de Dios con espiritualidad de comunión conducen a sus hermanos al encuentro con Jesucristo. La renovación de la Iglesia en América no será posible sin la presencia activa de los laicos. Por eso, en gran parte recae la responsabilidad del futuro de la Iglesia»¹⁶.

9 Los obispos mexicanos calculan que alrededor de 1 millón y medio de “chicanos” (Mexicanos en Estados Unidos) han abandonado el catolicismo.

10 Es en América Latina en donde una nación, Costa Rica, el catolicismo es todavía religión de Estado.

11 Para una visión de síntesis del tema de la secularización cf. V. GIRARDI, *Supresión o desplaza-*

miento de la religión, “Vida Pastoral” 80, 81, 82 (1988), 28-33; 16-19; 28-34.

12 Cf. R. DIEZ ARNAIZ, *La experiencia religiosa en la postmodernidad*, “Mayéutica” 21 (1995), 161-190.

13 Cf. C. ALONSO VARGAS, *Los Cristianos y la misión al comenzar el tercer milenio*, (Ágape, S. José) 14-15.

14 *Ibid.*, 18.

15 Cf. J. RATZINGER, *Encuesta sobre la fe*, V. MESSORI (ed.), Paulinas, Madrid 1998.

16 *Eccelesia in America*, 44; cf. *Documentos de S. Domingo*, n. 103. Allí leemos: «La importancia de la presencia de los laicos en la tarea de la Nueva Evangelización, que conduce a la promoción

humana y llega a informar todo el ámbito de la cultura con la fuerza del Resucitado, nos permite afirmar que una línea prioritaria de nuestra pastoral, fruto de la IV Conferencia, ha de ser la de una Iglesia en que los fieles cristianos laicos sean protagonistas».

Una manifestación de extraordinario valor de la madurez cristiana y apostólica de nuestros laicos, es la restauración del diaconado permanente. El hecho que hombres maduros, que han dado una buena prueba de sí, particularmente en el matrimonio – hoy en día realidad tan “a riesgo”- confiesen y testimonien abiertamente a Jesucristo, sin que esto comporte algún enriquecimiento o privilegio, es un signo de valor incalculable.

El 28 de abril de 1968 fueron ordenados los primeros cinco diáconos permanentes para la arquidiócesis de Colonia en Alemania. Al año siguiente, 3 fueron ordenados en la República Dominicana. En 1986 los diáconos permanentes ya eran unos 12.000; en 1994 alcanzaron la cifra de 21.250 de los cuales 14.500 en nuestro Continente; actualmente son unos 26.000, una verdadera “sorpresa a nivel mundial”. La realidad diaconal latinoamericana todavía es un poco frágil y no en todas nuestras Iglesias locales el diaconado permanente es igualmente aprobado, pero el camino ya está suficientemente abierto y «en no pocas diócesis se ve con gozo como los diáconos, confortados con la gracia sacramental, sirven al pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad»¹⁷.

1.4

El profundo deterioro de la familia

Es sin duda la estructura más débil de nuestra Iglesia americana, como lo es de nuestra sociedad y ya como fenómeno que afecta todo el Continente. La familia, como institución sagrada y estable, una y fecunda pareciera que va haciéndose un proyecto cada vez menos alcanzable. Actualmente el matrimonio ya no parece una elección evidente, porque muchos no se comprometen o lo hacen de manera diferente. Es verdad que en el corazón de la gran mayoría de nuestra gente subsiste un fuerte deseo de vivir con alguien de manera duradera y exclusiva; la atracción del matrimonio clásico, cristiano, sigue imperando. Sin embargo muchos cristianos prevén hasta qué punto este compromiso se hace difícil¹⁸. La unidad soñada no es más que una ilusión... Por otra parte nuestra sociedad, según los “paradigmas culturales” que insistentemente son presentados por los medios de comunicación masivos, particularmente por televisión y cine dan la imagen de rupturas fáciles, de relaciones no satisfactorias y ofreciendo formas alternas de vida en común (uniones libres, divorciados vueltos a

casar, relaciones extra matrimoniales, etc...). La comunidad civil además, frente a la realidad tan dura no parece que dé suficiente reconocimiento al matrimonio como institución – sabemos que es cada día más fácil divorciarse “legalmente” – como verdadera “morada de amor”, de modo que lo ratifique, lo aliente, lo proteja y lo apoye. Todos estamos conscientes de esta situación a tal punto que no exageramos si la denominamos “trágica”. Ya prevemos las gravísimas consecuencias personales y sociales de muchos de nuestros jóvenes que ya han alcanzado altos niveles de neurosis porque han crecido en familias desintegradas. Como muestra, doy solo 3 ejemplos: en Costa Rica en 1998 los divorcios han aumentado con respecto al año anterior, 1997 de un 62%. Los niños que nacen de madre soltera en el mismo Costa Rica, son 45% y 26% de padre desconocido y bien sabemos que aún no teniendo cifras precisas, son mucho más en toda América Central y Panamá. En Estados Unidos durante los últimos 25 años, los hijos ilegítimos han aumentado del 450% a pesar de anticonceptivos, de abortos, y todo esto está en conexión, como es sabido, con la criminalidad. En Estados Unidos, esta ha aumentado durante los 25 años de 500%.

La exhortación *Ecclesia in America*, no desconoce esta situación realmente “desconcertante”, que nos obliga a ser del todo honestos con las cosas, aunque la describa en un marco de esperanza y hasta de sano optimismo cristiano, conciente de que Cristo “ha vencido al mundo”, «Son muchas las insidias que amenazan la solidez de la institución familiar – nos dice Juan Pablo II – en la mayor parte de los países de América, siendo a la vez desafíos para los cristianos. Se debe mencionar entre otros el aumento de los divorcios, la difusión del aborto, del infanticidio y de la mentalidad contraceptiva. Ante esta situación hay que subrayar que el fundamento de la vida humana es la relación nupcial entre el marido y la esposa, la cual entre cristianos es sacramental»¹⁹. Si hace ya 20 años, nuestros Obispos latinoamericanos, reunidos en Puebla, al lado de la opción preferencial por los pobres, por los jóvenes, pidieron la opción por la familia²⁰, no cabe duda que ésta debe ser hoy en día del todo prioritaria. «Es urgente – continúa diciéndonos el Papa – una amplia catequización sobre el ser y el quehacer de la comunión conyugal»²¹. No podemos permanecer indiferentes: la unión estrecha definitiva y exclusiva, global y con finalidad procreadora, entre una pareja de sexo diferente que se ama, es la única que garantiza efectivamente el porvenir de la sociedad y entonces de la Iglesia. Sólo la “Iglesia doméstica” que es cada familia, puede asegurar el futuro de la gran familia que es la Iglesia.

1.5

Primeros Responsables

A partir del hecho de que sólo una Iglesia evangelizada es capaz de evangelizar²², los documentos de S. Domingo afirman: «la nueva evangelización exige la conversión

¹⁹ *Ecclesia in América*, 46.

²⁰ CELAM, *Documentos de Puebla*, n. 590: «ratificamos la prioridad de la pastoral familiar... la evangelización depende en gran parte de la Iglesia

doméstica».

²¹ *Ecclesia in América*, 46.

²² CELAM, *Documentos de S. Domingo*, 23.

¹⁷ *Ecclesia in América*, 42. Cf. V. GIRARDI, *El ministerio diaconal en la Iglesia ministerial*, “Senderos” 61 (enero-abril 1999), 33-66. La bibliografía ya es muy abundante al respecto. Importante es el volumen publicado por la CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA y la CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Normas básicas de la formación de los diáconos permanentes y Directorio para el ministerio y la vida de los diáconos permanentes*, Edit. Vaticano, Ciudad del Vaticano 1998; AA.VV., *Diaconado permanente y tercer milenio*, Celam, Bogotá 1996; V.M. GOEDERT, *O diacona-*

do permanente, Paulus, Sao Paulo 1995; B. BALAN DE TAGTACHIAN, *Los diáconos permanentes en la Iglesia Católica Argentina. Un nuevo rol en su estructura*, EDUCA, Buenos Aires 1998.

¹⁸ En octubre de 1988, los obispos de Bélgica dieron a conocer un mensaje sobre el sentido y el valor de la vida matrimonial. El documento tiene como destinatarios aquellos los cristianos de Bélgica, pero tiene mucho que decir a nuestras familias americanas. Cf. OBISPOS DE BÉLGICA, *Elegir el matrimonio*, “Cuestión Social”, IMDO-SOC, 1 (1999), 22-34.

pastoral de la Iglesia. Tal conversión debe ser coherente con el Concilio: ¡lo toca todo y a todos! en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinamismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal»²³. Sin embargo, desde la primera vez en que Juan Pablo II en Puerto Príncipe (Haití) nos propuso la nueva evangelización, apuntó a los “primeros responsables” de la misma; los ministros ordenados (obispos, sacerdotes y diáconos) y los religiosos y religiosas. Ellos son como la columna vertebral de la entera Iglesia americana. Nos alegramos del aumento de las vocaciones sacerdotales, prácticamente en todos los Países del Continente, exceptuando a Estados Unidos y Canadá. La misma exhortación nos dice, «El Continente americano cuenta con una juventud numerosa, rica en valores humanos y religiosos»²⁴ y de estos jóvenes un buen número manifiesta el deseo del servicio ministerial en el sacerdocio. Tiene un valor simbólico y a la vez reconfortante que el seminario con mayor número de seminaristas, se encuentre en América, y concretamente en Guadalajara (México), con más de 1000 seminaristas.

De su parte Juan Pablo II habla de la espléndida realidad de tantos sacerdotes en América que, con la gracia de Dios, se esfuerzan por hacer frente a un quehacer tan grande, por lo cual, continúa, «hago mío el deseo de los Padres sinodales de reconocer y alabar la inagotable entrega de los sacerdotes, como pastores, evangelizadores y animadores de la comunión eclesial, expresando gratitud y dando ánimo a los sacerdotes de toda América que dan su vida al servicio del Evangelio»²⁵. Sin embargo todo esto no nos hace olvidar otros aspectos de la realidad sacerdotal americana. El CELAM publica estadísticas que podrían fomentar sorpresa, preocupación y hasta ... indignación. En efecto sabemos que 100 jóvenes que son consagrados sacerdotes, 20 abandonan el ministerio; otro porcentaje más bien elevado manifiesta problemas graves de homosexualidad, de alcoholismo, mientras que en ciertas regiones de América no pocos sacerdotes viven “more uxorio”²⁶. Lo más grave es que de los últimos 166 sacerdotes que han abandonado el ministerio en América Latina, 66% lo han abandonado durante los primeros cinco años del sacerdocio, lo cual significa, como ha hecho observar recientemente el P. Clodovis Boff, «que se ha construido mal, con materiales falsos»²⁷. Unos de ellos hasta han abandonado después de ni siquiera un año de ministerio. «¿Cómo calificar este comportamiento? – se pregunta el mismo P. Clodovis Boff – ¿Hipocresía?. ¿Tienen sentido aquí palabras como perjurio, sacrilegio, escándalo?. ¿Quién responde por ese derrumbe?. ¿No nos pone a todos y a cada uno en tela de juicio?»²⁸. Más allá del tono “indignado” del conocido teólogo brasileño, convenimos que si no nos falta vocaciones

23 *Ibid.*, 30.

24 Cf. *Ecclesia in América*, n. 40.

25 *Ibid.*, 39.

26 Los medios de comunicación informan abundante y “escandalísticamente” acerca de los sacerdotes en la cárcel por corrupción de menores, particularmente en E.E.U.U. Hace unos años leía una carta firmada por un grupo de Obi-

spos del Noreste Brasileño en que se afirmaba que en ciertas zonas de su Diócesis hasta 75% de sus sacerdotes vivían “more uxorio”.

27 Cf. C.M. BOFF, *La formación en la vida religiosa hoy. Consideraciones “indignadas”*; “Vida Religiosa” 3.15-II-1999, 73-83.

28 *Ibid.*, 77.

al sacerdocio, sí que nos falta un camino claro y experiencias convergentes y seguras para formarlas.

Más preocupante es la situación de la vida religiosa, particularmente la masculina. En América en los últimos 25 años los religiosos varones hemos disminuido del 33%. Hasta hace unos 25 años, un buen número de religiosos llegaban de Europa, pero durante éstos últimos años no sólo ya no llegan sino que los ancianos vuelven a su patria y los jóvenes americanos que quieren ser religiosos son pocos. Y es que no se acaba de ver una clara salida para la crisis de la «vida consagrada»²⁹. No podemos olvidar que durante los treinta años – para dar unos ejemplos – los jesuitas disminuyeron en el mundo 36%, así los dominicos; los salesianos del 26% aproximadamente, un poco menos que los Franciscanos Menores y Capuchinos... La familia religiosa que más ha disminuido ha sido los diminuido ha sido los Vicentinos o Congregación de la Misión, con un descenso del 44%.

El caso de las religiosas es más variado: mientras que en Estados Unidos, desde el Concilio hasta hoy en día, ellas han disminuido de más de 35.000, en los restantes países de América Latina, tenemos en general un constante aumento vocacional, a la vez que se va reconociendo la valiosa contribución de las mujeres consagradas al desarrollo material y cultural del subcontinente americano: su papel es hoy en día más definitivo y decisivo particularmente en los sectores de la transmisión de la fe, de la educación y de la salud.

II.1

El “crescendo” del magisterio misionero de Juan Pablo II

«El problema, siempre actual en la Iglesia, de la dilatación del Reino de Dios entre los pueblos no cristianos, ha estado siempre presente en mi mente – nos ha dicho Juan Pablo II – desde el comienzo de mi ministerio apostólico de Pastor Universal de la Iglesia, que coincidió – diría que providencialmente – con el domingo 22 de octubre de 1978, aquel año Jornada Misionera Mundial. Por eso [...] me he hecho, año tras año, “catequista itinerante” para ponerme en contacto con los numerosos grupos de población que no conocen todavía a Cristo, para compartir tanto las riquezas espirituales de las Iglesias jóvenes, como sus necesidades y sufrimientos, así como sus esfuerzos para que la fe cristiana ahonde cada vez más sus raíces en las respectivas culturas»³⁰. Son afirmaciones de hace casi 20 años, pero constituyen un certero balance del ya largo servicio pontifical de nuestro Santo Padre. Hay sin embargo una diferencia: si por la edad y la quebrada salud, ha habido una disminución necesaria y forzada en el ritmo de los viajes que Juan Pablo II realizaba “urgido” por el Espíritu, «protagonista de la Misión»³¹, ha habido, un “crescendo” en su magisterio misionero

29 Cf. V. GIRARDI, *Ser Iglesia, sentirse Iglesia, construir Iglesia*, IMDOSOC, México 1998.

30 JUAN PABLO II, *Mensaje para la 60 Jornada Misionera Mundial*, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo*

II, I (1986), 1624, trad. O.R.

31 JUAN PABLO II, lett. enc. *Redemptoris Missio* (12 Julio 1990), 21.

hacia nuestras Iglesias particulares de América, y particularmente de América Latina. A partir del Segundo Congreso Misionero Latinoamericano que tuvo lugar en Tlaxcala-México en 1983, el llamado papal a abrirse a la misión universal se ha ido haciendo más directo, firme e insistente³². No cabe duda: la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America* (22-01-1999) representa la expresión cumbre de este "crescendo". En ella se afirma:

la conciencia de la universalidad de la misión evangelizadora que la Iglesia ha recibido, debe permanecer viva, como lo ha demostrado siempre la historia del pueblo de Dios que peregrina en América. La evangelización se hace más y más urgente respecto a aquellos que viviendo en este Continente aún no conocen el nombre de Jesús. Lamentablemente, este nombre, es desconocido todavía en gran parte de la humanidad y en muchos ambientes de la sociedad americana [...] ello obliga a la Iglesia universal, y en particular a la Iglesia en América a permanecer abierta a la misión "ad gentes". El programa de una nueva evangelización en el Continente, objetivo de muchos proyectos pastorales, no puede limitarse a revitalizar la fe de los creyentes rutinarios, sino que ha de buscar también anunciar a Cristo en los ambientes donde es desconocido. Además, las Iglesias particulares de América está llamadas a extender su impulso evangelizador más allá de sus fronteras continentales. No pueden guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano. Han de llevarlo al mundo entero y comunicarlo a aquellos que todavía lo desconocen (n. 74).

De este texto, amplio y denso, conviene destacar ya desde ahora cinco fundamentales afirmaciones:

- 1ra. La Iglesia en América debe poseer una "conciencia viva" de que existe para evangelizar; su vida es Misión. Cristo le comunica constantemente lo que ha sido su "pasión" de Buen Pastor enviado para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cf. Jn 10,10). Se la comunica enviándole su Espíritu, «poder de lo Alto» (Hch 1,8) que la capacita para dar testimonio de Él hasta los últimos confines del mundo y dándole su doble "mandato", el del «Ámense como Yo los he amado» (Jn 15,12) y el de «Como el Padre me ha enviado, así los envío Yo, vayan por todo el mundo» (Mt 28,19).
- 2da. Esta conciencia le obliga a nuestra Iglesia a «permanecer abierta a la misión "ad gentes"». El compromiso evangelizador encuentra su expresión primaria y fundamental en la "misión ad gentes". Ésta ha sido la primera actividad de la Iglesia en orden histórico, a tal punto que los Hechos de los Apóstoles son a la vez, el primer libro de historia de la Iglesia, y el primer relato escrito de su actividad misionera. La repetida expresión "ad gentes" subraya la urgencia del anuncio hacia cuantos no conocen a Cristo y su Evangelio. Apunta a su vez a la

escucha y al diálogo con las grandes religiones (Hinduismo, Budismo, Islamismo), con las religiones tradicionales o "cósmicas", y con los "nuevo areópagos" que el mundo actual va abriendo cada vez más amplios y numerosos y que parecieran resistirse al anuncio de la Buena Nueva.

- 3ra. La urgencia de la actividad misionera "ad gentes" y más allá de las propias fronteras, se hace más apremiante porque, nos recuerda el Santo Padre, «lamentablemente el nombre de Cristo es desconocido todavía en gran parte de la humanidad» la misión está en sus comienzos: el número de los que no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio (1965), se ha duplicado de dos mil millones a cuatro mil millones. También en América, el "Continente cristiano", hay amplios espacios humanos no evangelizados y el proceso de secularización y secularismo avanza hacia nuevas formas de paganismo teórico y práctico. «Para esta humanidad inmensa, tan amada por el Padre que por ella envió a su propio Hijo, es patente la urgencia de la misión»³³.
- 4ta. Los programas pastorales de nuestras Iglesias particulares, no debe limitarse a revitalizar la fe de los cristianos rutinarios y la atención de los comprometidos en la propia fe. No podemos permanecer pasivos frente «a muchos millones de hombres y mujeres, que sin la fe cristiana padecen la más grave de las pobreza. Ante esta pobreza sería erróneo no favorecer una actitud evangelizadora fuera del Continente con el pretexto de que todavía queda mucho por hacer en América»³⁴. De acuerdo con la vitalidad cristiana que le es propia, América debe participar en la gran tarea de la misión "ad gentes", fomentando una mayor cooperación entre las Iglesias hermanas, enviando misioneros (sacerdotes, consagrados y fieles laicos) dentro y fuera del Continente, fortaleciendo o creando Institutos misionales, favoreciendo la dimensión misionera de la vida consagrada y contemplativa, y dando un mayor impulso a la animación, formación y organización misionales³⁵. Ha llegado la hora que toda Iglesia local de América, cobre una mayor confianza en sí misma, y guiada por el Espíritu, asuma con renovado dinamismo y creatividad, su compromiso misionero.
- 5ta. El conocido número 368 de los Documentos de Puebla, invitaba al empeño misionero "ad gentes" "dando desde nuestra pobreza", refiriéndose con esta expresión, especialmente a la necesidad de medios apostólicos en no pocas regiones de nuestro Continente. Nuestra exhortación postsinodal, no la olvida, pero acentúa las "inmensas riquezas de nuestro patrimonio cristiano". Son parte de este patrimonio, ante todo la fe que ha ido enraizándose con notable profundidad durante estos más de quinientos años de evangelización; el sentido religioso tan vivo de nuestros pueblos latinoamericanos; el ansia de salvación y de liberación

32 Cf. R. BALLAN, *El valor del salir*, Paulinas, Lima 1990, p. 30 ss.

33 *Redemptoris Missio*, 3ª.
34 *Ecclesia in América*, 74c.

35 Cf. *Ecclesia in América*, 74d.

con expresiones de sorprendente solidaridad; la riqueza de la religiosidad popular y del culto mariano; la experiencia de las Pequeñas Comunidades Eclesiales; la afloración de los ministerios laicales; nuestra esperanza y alegría de nuestras celebraciones; la opción preferencial por los más pobres y necesitados...³⁶

II.2

**Desde México (1979) a México (1990):
la proyección universal de
la propia identidad cristiana**

Ya he recordado que es fácil reconocer un “crescendo” en el Magisterio misionero de Juan Pablo II para nuestro Continente. Quisiera ahora “evidenciar” los momentos más significativos de este “crescendo”, privilegiando – también por razones de espacio – América Latina. Lo haré sin olvidar el contexto más amplio de la propuesta insistente de la Nueva Evangelización que nuestro Santo Padre lanzó por primera vez a los responsables del CELAM reunidos en Puerto Príncipe (Haití) en 1983, con ocasión del comienzo de la novena de años para celebrar el Quinto Centenario de la evangelización de América. Al mismo tiempo me propongo acompañar las intervenciones pontificias con breves reflexiones que expliciten los elementos de Teología de la Misión que a ellas subyacen.

Seguiremos al Santo Padre hasta su segunda venida a México (1990), cuando aún no había publicado su encíclica misionera *Redemptoris Missio* (7-XII-1990). Después de su publicación, que de hecho coincidió con el Cuarto Congreso Misionero Latinoamericano (COMLA IV) que tuvo lugar en Lima del 3 al 8 de febrero de 1991, las “provocaciones” misioneras “ad gentes” que Juan Pablo II iba dirigiendo a nuestras iglesias latinoamericanas, hacían constante referencia a tal Encíclica.

El primer viaje del Papa fuera de Europa con el primer contacto con nuestro Continente, ha sido el del 1979, para inaugurar la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla de Los Ángeles (México) el 28 de enero de ese año. En su discurso inaugural y programático encontramos un único texto de proyección misionera universal, después, sin embargo, de recordar a lo largo de su amplia intervención, varias expresiones de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, y de entre ellas, una que tan frecuentemente ha sido citada y comentada: «evangelizar es la misión esencial, la vocación propia, la identidad más profunda de la Iglesia, a su vez evangelizada. Enviada por el Señor, ella envía a su vez a los evangelizadores a predicar [...] un evangelio del que ni ellos ni ella son dueños y propietarios absolutos»³⁷.

Al concluir su larga intervención, Juan Pablo II con “confianza y esperanza” aplica para América Latina el mandato misionero que Jesucristo dirige a toda su Iglesia: «toda la Iglesia tiene puestos los ojos en Ustedes, con confianza y esperanza; y Uste-

des quieren responder a tales expectativas con plena fidelidad a Cristo, a la Iglesia, al hombre. El futuro está en las manos de Dios, pero en cierta manera, ese futuro de un nuevo impulso evangelizador, Dios lo pone también en las manos de todos Ustedes. “Vayan, pues, enseñen a todas las gentes” (Mt 28,19)»³⁸.

Sabemos que esta proyección universal fue consciente y abiertamente acogida por los Obispos y sus colaboradores en la magna Asamblea de Puebla, y ha quedado formulada, con un talante realmente inspirado, en el ya citado número 368:

«Finalmente ha llegado la hora para América Latina de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias particulares y de proyectarse más allá de sus propias fronteras, “ad gentes”. Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero, debemos dar desde nuestra pobreza [...] no podemos dejar de agradecer la generosa ayuda de la Iglesia Universal y en ella la de las Iglesias Hermanas, pidiendo que nos sigan acompañando, especialmente en la formación de agentes autóctonos. Así nos veremos siempre fortalecidos para asumir este compromiso universal y tendremos mayor capacidad de responder al servicio propio de nuestra Iglesia particular»³⁹.

En las intervenciones pontificias durante los sucesivos y numerosos viajes apostólicos a los Países de América Latina, la preocupación misionera universal, se fue haciendo más explícita e insistente. Una ocasión extraordinaria y providencial para volver a invitar a todas nuestras Iglesias locales a que se responsabilizaran de ella, ha sido la inauguración, en Santo Domingo (República Dominicana) del “Novenario de años” en preparación al V centenario de la llegada de la fe cristiana a nuestro Continente. Con una solemne Eucaristía “por la evangelización de los pueblos”, la tarde del 11 de octubre y con una celebración de la Palabra en la mañana del 12 de mismo mes de 1984, Juan Pablo II dio comienzo a tan importante “novenario”. Ante los obispos responsables del CELAM y los representantes de las Conferencias Episcopales de América Latina, Juan Pablo II hizo un balance de lo que fue la historia de la evangelización de América durante los quinientos años desde la llegada de los primeros misioneros. Puso en evidencia que los frutos han sido extraordinarios: «La casi mitad de todos los católicos del mundo están en América Latina, repartidos en más de 700 Diócesis. Es verdad – nos recordó el Santo Padre – hubo interferencias entre la cruz y la espada en la fase de la primera penetración misionera [...] y por eso que la Iglesia quiere acercarse a celebrar este centenario con la humildad de la verdad, sin triunfalismos ni falsos pudores»⁴⁰.

«El próximo centenario del descubrimiento y de la primera evangelización» – nos dijo Juan Pablo II – «nos convoca a una nueva evangelización de América Latina, que despliegue con más vigor, como la de los orígenes un potencial de santidad, un gran

36 Cf. III CONF. GENERAL DEL EPISCOPADO LAT., *Documentos de Puebla*, CELAM, Bogotá 1983, pp. 368-389.

37 PABLO VI, es. ap. *Evangelii Nuntiandi* (8 diciem-

bre 1975), 14-15; cf. también CONCILIO VATICANO II, const. dogm. *Lumen Gentium* (21 noviembre 1964), 5.

38 III CONF. GENERAL DEL EPISCOPADO LAT., *Doc. de Puebla*, 32.

39 *Ibid.*, 368 y 369.

40 *Insegnamenti*, VII, 2 (1984), p. 889.

impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro de esperanza. Este tiene un nombre: la civilización del amor, este nombre que ya indicara Pablo VI, nombre al que yo mismo he repetidamente aludido, y que recogiera el Mensaje de los Obispos latinoamericanos en Puebla⁴¹, es una enorme tarea y responsabilidad⁴².

En este texto encontramos los grandes temas del Magisterio pastoral de Juan Pablo II, él lo ha ido desarrollando en sus múltiples documentos, en los de carácter universal y en los que nos ha destinado a los cristianos de América Latina, aquí sólo evidencio un detalle: lo primero que el Papa “espera” de la nueva evangelización es un potencial de santidad que a su vez motive y sostenga un gran impulso misionero. La conexión e interdependencia de santidad y compromiso misionero universal, es un tema que especialmente a partir de la Encíclica *Redemptoris Missio*, se ha vuelto hasta ... “repetitivo”. «La llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad. Cada misionero lo es auténticamente si se esfuerza en el camino de la santidad: la santidad es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia. La vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal a la misión [...] la espiritualidad misionera de la Iglesia es un camino hacia la santidad [...] es necesario suscitar un nuevo anhelo de santidad entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, particularmente entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros»⁴³. «Los misioneros reflexionen sobre el deber de ser santos, que el don de la vocación les pide, renovando constantemente su espíritu y actualizando también su formación doctrinal y pastoral. El misionero ha de ser un “contemplativo en acción»⁴⁴.

Todas estas afirmaciones, espontáneamente nos hacen recordar lo que Juan Pablo II ha escrito en uno de sus últimos documentos: la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*:

En primer lugar, no dudo en afirmar que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad [...] si los Padre conciliares concedieron tanto relieve a la temática de la vocación universal a la santidad (Cap. V de la Constitución Dogmá-

esperanza de América Latina”. Y el mensaje va enumerando y comentando los ámbitos en que debería manifestarse la “civilización del amor”, desde el campo del compromiso por la justicia al del compromiso por la reconciliación y la paz, desde el empeño por la defensa de los derechos humanos al empeño por la solidaridad en la comunión y participación» *Mensaje a los pueblos de América Latina*, n. 8, en *Doc. de Puebla*, ed. cit., p. 51.

42 *Insegnamenti*, VII, 2 (1984), p. 896.

43 *Redemptoris Missio*, 90.

44 *Redemptoris Missio*, 91.

tica *Lumen Gentium*) no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. Descubrir a la Iglesia como “misterio”, es decir, como pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, llevaba a descubrir también su “santidad” entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquel que por excelencia es el Santo [...] esto implica un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: “ésta es la Voluntad de Dios, su santificación” (1 Ts 4,3)⁴⁵.

En su séptimo viaje a América Latina, Juan Pablo II visitó Colombia del 1 al 7 de julio de 1986. En esa semana de amplio Magisterio, uno de los énfasis más acentuados y frecuentes fue al compromiso de Colombia y de toda América Latina por enviar misioneros desde sus Iglesias locales a otros continentes más necesitados. Es un tema constante que retorna en varias de sus intervenciones. En ninguna otra visita a países de América Latina había insistido tanto en el compromiso misionero “ad gentes”, ni lo haría en los sucesivos. No olvidemos que la Iglesia de Colombia es la que más numerosos misioneros y misioneras ha enviado a otros continentes; se calcula que sea más de 1.500⁴⁶. Además, el Papa visitó Colombia cuando faltaba apenas un año a la celebración del III Misionero Latinoamericano (COMLA III) que tuvo lugar en Santa Fe de Bogotá del 5 al 8 de julio de 1987: era necesario impulsar su preparación y animar el espíritu misionero universal.

En su primer encuentro con la Iglesia de Colombia en la catedral de Bogotá, Juan Pablo II se reunió con los sacerdotes, seminaristas y religiosos, y les invitó a emprender una evangelización sin fronteras. «La dicha del Papa – les dijo – alimentada por tan sincero aprecio, se convierte en acción de gracias al Señor por el crecimiento y vigor de la Iglesia en Colombia [...] es en esta realidad de Iglesia particular en donde descubrirán también su responsabilidad evangelizadora respecto a la Iglesia universal, buscando cauces concretos para llevar a la práctica la necesaria y urgente ayuda misionera. *Ha llegado para toda América Latina la hora de emprender una evangelización sin fronteras*»⁴⁷. La feliz expresión: “la hora misionera de América”, irá desde entonces repitiéndose en otros mensajes del Santo Padre en las muchas ocasiones de encuentros pastorales y misioneros con nuestras Iglesias, para quedar como consagrada en los documentos de Santo Domingo⁴⁸. Ella conecta directamente con la expresión de los documentos de Puebla (n. 368) «ha llegado la hora», y apunta valientemente a un “kairós”; es decir, a un tiempo de gracia, a un momento privilegiado

45 JUAN PABLO II, lett. ap. *Novo Millennio Ineunte* (6 enero 2001), 30.

46 El segundo lugar corresponde a México con aproximadamente 1200 misioneros; el tercero a Brasil con unos 850, el cuarto a Argentina con 250 y el quinto a Costa Rica con casi 200. Son cifras que no pueden competir con los 26000 misioneros españoles y con los 17000 italianos, y que nos dicen que el envío “ad gentes” desde

América Latina es todavía una promesa y una esperanza más que un hecho. Los misioneros de América Latina corresponden sólo al 1.7% del total de misioneros que la Iglesia Católica ha enviado “ad gentes” (somos conscientes que se trata de cifras muy aproximativas).

47 *Insegnamenti*, IX, 2 (1986), p. 23.

48 IV CONF. GENERAL DEL EPISCOPADO LAT., *Documentos de Santo Domingo*, p. 295.

41 «Queremos dirigirnos a todos los hombres de buena voluntad [...] les invitamos a ser constructores abnegados de la “civilización del amor”, según luminosa visión de Pablo VI, inspirada en la palabra, en la vida, y en la donación plena de Cristo y basada en la justicia, la verdad, y la libertad. Estamos seguros de obtener así su respuesta a los imperativos de la hora presente, a la tan ambicionada paz interior y social en el ámbito de las personas, de las familias, los países, los continentes, del universo entero. Deseamos explicitar el sentido orgánico de la “civilización del amor” en esta hora difícil pero llena de

del compromiso evangelizador y misionero para nuestras Iglesias, y a la vez apunta a nuestra responsabilidad para que no “vanificar” el don de Dios. «Quinientos años de presencia del Evangelio significan para nuestro Continente – nos recuerda el Papa – muchas gracias recibidas de Dios, gracias de las que tiene que dar cuenta la Iglesia en América Latina, respondiendo en América Latina a su compromiso de evangelizar las culturas. Se recibe la fuerza divina del Evangelio para responsabilizarse de una tarea evangelizadora sin fronteras. El tercer milenio de la historia de la Iglesia espera mucho de América Latina, a quien la Divina Providencia, en sus arcanos designios, *podría llamar a desempeñar un papel relevante en el mundo y en toda la obra de evangelización “ad gentes”* ¡La Iglesia tiene necesidad de América Latina!, por ello, en esta hora importante, les exhorto a un compromiso conjunto de pastores y fieles»⁴⁹. Superar la tentación de encerrarse en las necesidades internas y proyectarse así más allá del propio “mundo”, es señal de madurez cristiana para uno mismo y para la comunidad cristiana a que pertenecemos. «A veces sentimos la tentación de encerrarnos en nuestros propios problemas y necesidades – les dijo Juan Pablo II a los fieles reunidos en la cancha San Judas Tadeo de Tumaco en Colombia – olvidando el campo sin fronteras de la redención y de la misión. No obstante estas adversidades, la Iglesia reaviva siempre su inspiración más profunda, la que le viene directamente del Maestro: ¡A todo el mundo! ¡A toda criatura! ¡Hasta los confines de la tierra!»⁵⁰. La vitalidad misionera brota espontáneamente del mismo ser de la Iglesia, como Cuerpo vivo de Cristo que tiende a difundirse a todos los lugares, culturas, y tiempos»⁵¹.

Son insistencias *misioneras* que el Santo Padre repitió en sus viajes a Argentina (1987), a Chile (1987), a Uruguay (1987), a Bolivia (1988), a Paraguay (1988). En 1990, Juan Pablo II, “peregrino de evangelización” y “peregrino de amor y de esperanza” como él mismo se autodefinió “al poner pie en esta tierra bendita”, volvió a México. Todo este segundo viaje del Papa a México (el décimo a nuestro Subcontinente), estuvo marcado por el gran tema de fondo: la “nueva evangelización” del mismo México y de América Latina de cara al V Centenario de la llegada de la Cruz a nuestras tierras. En esta ocasión el llamado pontificio al compromiso misionero “ad gentes” ha sido menos insistente que lo que preveíamos. Nos sorprendió, pero pensamos que haya sido una opción del mismo Juan Pablo II teniendo en cuenta que a los pocos meses publicaría su encíclica misionera, la *Redemptoris Missio*, y que el tema de la “nueva evangelización” resultaba más actual e iluminado en el contexto de la memoria y “memorial” de la primera evangelización. Sin embargo, el tema de la Misión en su globalidad y el de su proyección universal está latente en toda la rica enseñanza papal⁵². De manera especial estuvo presente en la celebración de la Palabra, el 7 de mayo en Veracruz. Por su

49 *Insegnamenti*, IX, 2 (1986), p. 190.

50 Aquí Juan Pablo II transmite una expresión de la *Evangelii Nuntiandi*, 50 de Pablo VI.

51 *Insegnamenti*, IX, 2 (1986), pp. 107-108.

52 La visita empezó con la solemne Eucaristía en la

Basilica de Nuestra Señora de Guadalupe, “la primera evangelizadora de América Latina” y con la beatificación – durante su celebración – de Juan Diego, de los tres mártires de Tlaxcala, (asesinados entre los años 1527-1529) y del sacerdote-

puerto ingresaron los primeros misioneros, entre los cuales Juan Pablo II, recordó a tres destacados pioneros de la acción misionera: Juan de Zumárraga, primer Obispo de la Ciudad de México, quien mereció el título de defensor de los indios; Don Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán, al que aún hoy se le llama «Tata (papá) Vasco»; y a Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas, «quien tuvo una actitud muy poco común en su tiempo, al proclamar la dignidad de la persona humana del indígena»⁵³. México y América Latina en general, están llamados a pasar de una imagen de Iglesia acostumbrada a recibir, a una imagen de Iglesia que “da”, tomando conciencia de que toda Iglesia particular es misionera desde su mismo constituirse: ella no debe esta dimensión o proyección universal a ninguna circunstancia exterior; ella es misionera por ser Iglesia como lo es todo cristiano por ser bautizado. «¿Cuál es su misión? – les preguntaba Juan Pablo II a los Mexicanos – la respuesta es dada por la condición misma de bautizados; haber sido llamados por el Señor para vivir y proclamar su Evangelio al mundo, a partir de su historia como Mexicanos, con sus luces y sombras, pero convencidos de que su misión es la de dar testimonio de su fe ante el mundo»⁵⁴.

III.1

En el espíritu de la “Nueva Evangelización”

Pablo VI, el 8 de diciembre de 1975, en el décimo aniversario del decreto conciliar “Ad Gentes” sobre la actividad misionera de la Iglesia, ponía en las manos de María sus “deseos” que acababa de expresar en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* y la invocaba como “Estrella de la Evangelización”, «de una evangelización siempre renovada que la Iglesia, dócil al mandato del Señor, debe promover y realizar, sobre todo en éstos tiempos difíciles y llenos de esperanza»⁵⁵. Con una evangelización renovada los cristianos teníamos que preparar y adentrarnos en el tercer milenio, «que la luz del Año Santo (celebrado precisamente en 1975) – escribía Pablo VI – pueda difundirse igualmente después del Jubileo, mediante un programa de acción pastoral, del que la evangelización es el aspecto fundamental y se prolongue a lo largo de estos años que preanuncian la vigilia de un nuevo siglo y la vigilia del tercer milenio del cristianismo»⁵⁶. Por otra parte ya en los *Documentos de Medellín*, fruto de la II Conferencia General de Episcopado Latinoamericano (1968), en el *Mensaje a los pueblos de América Latina*, cuando se enumeran los compromisos que las Iglesias particulares deben asumir, entre los demás, está el de «alentar una nueva evangelización y catequesis intensivas que lleguen a las élites y a las masas para lograr una fe lúcida y comprometida»⁵⁷.

te José María de Yermo y Parres (1851-1904). En su homilía, el Santo Padre, puso de relieve que el testimonio de los cinco beatos trasciende las fronteras y se irradia a todo el mundo. Cf. R. BAL-LAN, *op. cit.*, p. 79.

53 Cf. *Ibid.*, 82.

54 “L'Osservatore Romano” (suplemento), 107,

(1990), pp. V-VI.

55 *Evangelii Nuntiandi*, 82.

56 *Evangelii Nuntiandi*, 81 (final).

57 II CONF. GENERAL DEL EPISCOPADO LAT., *Doc. de Medellín*, Metropolitana, San José de Costa Rica 1969, p. 8

En el documento para el Sínodo de Obispos de 1977, el mismo CELAM enfatizó el concepto de “nueva evangelización”, haciendo referencia precisamente a las conclusiones de la Asamblea General de Medellín: «Respetando la distinción clásica entre catequesis y evangelización – escribieron – optamos en América Latina (un Continente de bautizados) por dar al término evangelización el sentido de una catequesis evangelizadora que equivale a una re-evangelización en el marco de las conclusiones de Medellín»⁵⁸. De su parte, los *Documentos de Puebla* (1979) habían hablado de nuevas situaciones que nacen de cambios socio-culturales y que requieren una nueva evangelización: emigrantes a otros países; grandes aglomeraciones urbanas en el propio país; masas de todo estrato social en precaria situación de fe; grupos expuestos al influjo de las sectas y de las ideologías que no respetan su identidad, confunden y provocan divisiones⁵⁹.

Sin embargo, sabemos que la expresión *nueva evangelización* ha sido glosada de un modo explícito y articulado por Juan Pablo II en su ya recordado discurso a la IX Asamblea Ordinaria del CELAM en Puerto Príncipe (Haití) el 9 de marzo de 1983, cuando dijo: «La conmemoración del medio siglo de la evangelización alcanzará su pleno significado si comprometiera a Ustedes, como Obispos, juntamente con su presbiterio y sus fieles; compromiso no de re-evangelización pero sí de *evangelización nueva*. Nueva en su *ardor*, en sus *métodos*, en su *expresión*»⁶⁰. El mismo Juan Pablo II reconoce su propia autoría cuando escribe en *Ecclesia in America*: «Esta preocupación de la nueva evangelización era más obvia ya que yo mismo había formulado su primer programa en suelo americano»⁶¹.

Los presupuestos de la “nueva evangelización” han sido repetidos en varias ocasiones. Los principales son éstos: preparar a los sacerdotes diocesanos y religiosos como a sus primeros responsables; formar un número creciente de laicos dispuestos a colaborar eficazmente en la obra de la evangelización; recuperar el espíritu de Puebla, particularmente en sus fundamentales opciones (por la familia, por los jóvenes y por los más pobres y necesitados), pero sin interpretaciones reductivas o unilaterales.

La celebración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe por vez primera con representantes de Estados Unidos y de Canadá, y que

58 Documento de trabajo del CELAM para el Sínodo de 1977, Secretariado General, Bogotá 1977, p. 24; Cf. también: CELAM, *Nueva Evangelización, génesis y guía de un proyecto misionero*, Doc. del CELAM, n. 115, 1990. Conviene recordar que Juan Pablo II en su primer viaje a Polonia (9. VI 1979), en un discurso ofrecido en Nova Huta, dijo: «Ha empezado una nueva evangelización casi que se tratara de un segundo anuncio, aunque en realidad es siempre el mismo». Ref. por P. GIGLIONI, *Nuova Evangelizzazione o Evangelizzazione Nuova?*, “Euntes Docete” LIII (2000), 1, 14.

59 III CONF. DEL CELAM, *Documentos de Puebla*, 366.

60 *Insegnamenti*, VI, 1 (1983), pp. 696-699.

61 *Ecclesia in América*, 6; el Santo Padre vuelve a recordar lo mismo en el capítulo VI de *Ecclesia in America* dedicado precisamente a la nueva evangelización, y nos dice: «Como Pastor supremo de la Iglesia deseo fervientemente invitar a todos los miembros del pueblo de Dios, y particularmente, a los que viven en el Continente – en donde por vez primera hice un llamado a un compromiso nuevo “en su ardor, en sus métodos, en su expresión” – a asumir este proyecto y a colaborar en él» (n. 66).

tuvo lugar en Santo Domingo en 1992 (del 12 al 28 de octubre) dedicó un tiempo notable a la reflexión compartida sobre la “nueva evangelización” y sus implicaciones. Las conclusiones han sido consignadas en el primer capítulo de la segunda parte del Documento final. Ahí se nos explica que:

para Juan Pablo II la Nueva Evangelización es un concepto *operativo y dinámico*. Es ante todo una llamada a la conversión y a la esperanza (cf. Su D. inaugural 1) que se apoya en las promesas de Dios y que tiene como certeza inquebrantable la Resurrección de Cristo, primer anuncio y raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana, principio de toda auténtica cultura cristiana. Es también un nuevo ámbito vital, un nuevo Pentecostés, en donde la acogida del Espíritu Santo hará surgir un pueblo renovado, constituido por hombres libres, conscientes de su dignidad, capaces de forjar una historia verdaderamente humana. Es el conjunto de medios, acciones y actitudes aptos para colocar el Evangelio en diálogo activo con la modernidad y lo post-moderno, sea para interpretarlos, sea para dejarse interpelar por ellos. También es el esfuerzo para inculturar el Evangelio en la situación actual de las culturas de nuestro Continente⁶².

He querido referir este amplio texto de los *Documentos de Santo Domingo* ya que en él se resume muchos aportes de anteriores intervenciones del Santo Padre, y particularmente de su Discurso Inaugural de la misma Conferencia⁶³.

Hablar de “nueva evangelización” no quiere decir *re-evangelizar*. En América Latina no se trata de prescindir de la primera evangelización de los ricos y abundantes valores que ella ha dejado para profundizarlos y complementarlos, corrigiendo las deficiencias anteriores. Tampoco se trata de darle a la primera evangelización una especie de nuevo “barniz”, como se lo daríamos a una pared cuyos colores han ido perdiendo intensidad⁶⁴. El compromiso de la “nueva evangelización” pretende ir en profundidad y surge «como respuesta a los problemas que presenta la realidad de un Continente en el cual se da un divorcio entre fe y vida, hasta producir clamorosas situaciones de injusticia de desigualdad social y violencia. Implica afrontar la grandiosa tarea de infundir energías al cristianismo de América Latina»⁶⁵.

De su parte, la exhortación apostólica *Ecclesia in America* enumera y comenta otros retos que son a la vez “nuevos areópagos” para el deber evangelizador; ellos son: el fenómeno de la globalización que interesa particularmente otro de enormes dimensiones, el del desarrollo urbano (megalópolis)⁶⁶; la deuda externa de todos nuestros países latinoamericanos que experimentan así una grave disminución de su poder de decisión y en práctica de su independencia⁶⁷; la corrupción, verdadero cáncer de

62 CONF. GENERAL DEL EPISCOPADO LAT., *Documentos de Santo Domingo*, CELAM, Bogotá 1992, n. 24.

63 Cf. JUAN PABLO II, *Discurso Inaugural en Documento de Santo Domingo*, ed. cit., pp. 4-16.

64 Cf. *Evangelii Nuntiandi*, 20; *Documentos de S. Domingo*, n. 29; P. GIGLIONI, *op. cit.*, 20.

65 *Documentos de S. Domingo*, n. 24b.

66 *Ecclesia in América*, 20 y 55.

67 *Ecclesia in América*, 22 y 59.

las instituciones públicas que engendra desconfianza, pesimismo e inactividad en la sociedad civil⁶⁸; la invasión de las drogas, especialmente entre los jóvenes y que va destruyendo los vínculos familiares e incrementando de un modo trágico la criminalidad⁶⁹; la carrera de los armamentos que asfixia a no pocas economías en perjuicio especialmente del derecho a la educación y la salud para los más pobres y marginados⁷⁰; los espacios humanos propios de los indígenas y afroamericanos que han sido evangelizados demasiado superficialmente⁷¹; la creciente y difícilmente controlable migración de muchos latinoamericanos hacia el Norte y desde hace unos veinte años hacia Europa... la “nueva evangelización” no puede ignorar estos numerosos grupos de hermanos nuestros; ellos también tienen la necesidad y el derecho de ser acompañados, defendidos, evangelizados⁷².

Volvamos a las expresiones pontificias: la “nueva evangelización”, lo será realmente si los será en su ardor, en el sentido de que deberá volver a abrirse al misterio de la Palabra, a la osadía y franqueza que inflaman el corazón del Apóstol; deberá reconquistar la capacidad y el tiempo de la escucha, el tiempo de Dios; deberá partir del encuentro vivo con Cristo, mientras la Iglesia se descubre sierva del Reino y compañera de viaje de toda persona humana, con el fervor de los santos, con su “suplemento de alma”, sin temor... y con ardor⁷³. Además de nueva en su ardor o fervor, debe ser nueva en su método, en el sentido que deberá colocarse dentro de la lógica de la Encarnación, bajo el árbol de la Cruz, en la luz de la Pascua, y llevada adelante por el soplo fuerte del Espíritu en Pentecostés. Justamente el *Plan global* del CELAM para los años 2003 al 2007, insiste sobre la necesidad de una “mística evangélica para la nueva evangelización”, que se alimente de contemplación, de humildad ante la verdad, de la fuerza del testimonio, de una espiritualidad del diálogo, de una pastoral de la encarnación y de una actitud constante de conversión⁷⁴. Y finalmente, una evangelización nueva en sus expresiones en cuanto que deberá hacer uso de un renovado lenguaje, incluyendo obviamente el lenguaje no verbal propio del testimonio, aprendiendo a hablar y volver a hablarles a los “otros”, a los que están lejos. El Papa nos invita a todos a una estrategia nueva en su globalidad y múltiples implicaciones, ya en sus aspectos personales como en los aspectos estructurales de nuestra Iglesia⁷⁵.

68 *Ecclesia in América*, 23 y 60.

69 *Ecclesia in América*, 24 y 61.

70 *Ecclesia in América*, 62.

71 *Ecclesia in América*, 64.

72 Cf. *Ecclesia in América*, 65.

73 Para todas estas características confronta *Ecclesia in América*, los números del 8 al 15. Hacia el final del número 15 se afirma: «entre sus santos, la historia de la evangelización de América, reconoce numerosos mártires, varones y mujeres, tanto obispos como presbíteros, religiosos y laicos, que con su sangre regaron [...] estas naciones. Ellos, como nube de te-stigos (Hb 12, 1), nos estimulan para que asumamos hoy, sin te-

mor y arduosamente la nueva evangelización».

74 Cf. CELAM, *Plan global 2003 al 2007, hacia una Iglesia casa y escuela de comunión y de solidaridad en un mundo globalizado*, Bogotá 2003, pp. 57-60.

75 Cf. CELAM (Secretaría), *El tercer milenio como desafío pastoral. Informe CELAM 2000*, CELAM, Bogotá 1999; *Id.*, *Globalización y nueva evangelización en América Latina y el Caribe, reflexión desde el CELAM 1999-2003*, CELAM, Bogotá 2003. También a nuestro Continente va dirigida la invitación de Juan Pablo II: «recordar con gratitud el pasado, vivir con pasión el presente y abrirnos con confianza al futuro» (NMI 1).

III.2

Nueva Evangelización y Misión “ad gentes”

Nos equivocar iríamos si pensáramos “que la nueva evangelización” es una actividad *complementaria* de la misión “ad gentes”, o peor aún, si creyéramos que es su *alternativa*⁷⁶. El decreto conciliar *Ad Gentes* es muy claro cuando afirma que la misión de la Iglesia es única, como único es el Espíritu Santo que la impulsa más allá de sus fronteras, al mundo y a sus “gentes”, y que la anima al mismo tiempo para que evangelice a los que ya peregrinan dentro de ella. Sin embargo esta única misión es a la vez diversificada en su realización, en fuerza de la diversidad cultural y religiosa de sus destinatarios, es decir con la diversidad de las situaciones de los tiempos, de los ámbitos o “espacios humanos” y de los medios⁷⁷. La encíclica misionera de Juan Pablo II, asume la misma concepción y la misma terminología aunque enriqueciéndola precisamente del término “nueva evangelización”. «Las diferencias en cuanto a la actividad dentro de la única misión de la Iglesia nacen no de razones intrínsecas a la misión misma sino de las diversas circunstancias en la que ésta se desarrolla»⁷⁸. Mirando al mundo actual, desde el punto de vista de la evangelización, podemos distinguir con la *Redemptoris Missio*, tres situaciones:

- en primer lugar la *misión “ad gentes”*, que es la actividad evangelizadora destinada a los que aún no conocen a Cristo y a los pueblos y grupos humanos en donde las comunidades cristianas aún no están suficientemente estructuradas y lejos de ser autosuficientes;
- en un segundo lugar la *actividad o atención pastoral*, llevada a cabo entre las comunidades católicas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas;
- en tercer lugar, tenemos la “*nueva evangelización*” para los grupos de bautizados que han perdido el sentido vivo de la fe o incluso no se reconocen ya como miembros de la Iglesia. Para los casos de más grava descristianización, hablamos obviamente de re-evangelización⁷⁹.

No es fácil, obviamente, definir los confines entre atención pastoral de los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica, y no es pensable crear entre ellas barreras o recintos estancados... «Más bien hay que subrayar una real y creciente interdependencia entre las tres actividades salvíficas de la Iglesia: cada una influye en la otra, la estimula y la ayuda»⁸⁰.

76 Cf. GIGLIONI, *op. cit.*, 25-26; *Id.*, *Perché una nuova evangelizzazione*, “Euntes Docete” XLIII (1990), 5-36; J. ESQUERDA BIFET, *Renovación eclesial y espiritualidad misionera para una nueva evangelización*, “Seminarium” 31 (1991), 1, 135-147; J. LOPEZ GAY, *Il rapporto fra “nuova evangelizzazione e la missione “ad gentes” secondo l’enciclica “Redemptoris Missio”*, “Seminarium” 31 (1991), 1, 91-105; G. MELGUTZO, *La nueva evangelización en el magisterio de Juan Pablo II, el CELAM y la preparación de la IV Conferencia*, en AA. VV., *Ha-*

cia la cuarta Conferencia, CELAM, Bogotá 1992, pp. 163-180.

77 Cf. *Ad Gentes*, 6.

78 *Redemptoris Missio*, 33.37.

79 A estas tres distintas actividades evangelizadoras conviene añadir lo que el decreto *Ad Gentes* denomina “actividad ecuménica” destinada a restaurar la unidad de los creyentes por la que oró Cristo (Cf. n. 6).

80 Cf. *Redemptoris Missio*, 34.

De todas formas a Juan Pablo II, le preocupa que la atención y el compromiso por “nueva evangelización” pueda frenar el compromiso por la misión “ad gentes” y nos dice en la misma *Redemptoris Missio*: «la tendencia a cerrarse puede ser fuerte: las Iglesias antiguas, comprometidas en la nueva evangelización, piensan que la misión han de realizarla en su propia casa y corren el riesgo de frenar el impulso hacia el mundo no – cristiano concediendo no de buena gana las vocaciones a los Institutos misioneros, a las Congregaciones religiosas y a las demás Iglesia. Sin embargo es ando generosamente de lo nuestro como recibimos; y ya hoy las Iglesias jóvenes- no pocas de las cuales experimentan un prodigioso florecimiento de vocaciones son capaces de enviar sacerdotes religiosos y religiosas a las antiguas»⁸¹.

En la exhortación postsinodal *Ecclesia in America*, el Santo Padre nos advierte del mismo riesgo de reducir la “nueva evangelización” a la actividad o apostolado “ad intra” de las Iglesia locales y escribe: «El programa de una nueva evangelización en el Continente, no puede limitarse a revitalizar la fe de los creyentes rutinarios, sino que ha de buscar también anunciar a Cristo en los ambientes donde es desconocido»⁸².

En este último texto constatamos que la expresión nueva evangelización no indica tanto y sólo una actividad evangelizadora y salvífica específica cuanto una “actitud”, una espiritualidad diríamos o quizá aún más, una mística y una pasión que recuerda la de Jesús “devorado por la misión” (*zelus domus tuae comedit me- Jn 2,17*) y que debería imbuir e impulsar todas las actividades de la Iglesia aún salvaguardando la diversidad de las mismas. A esta mística se refería Juan Pablo II en el ya recordado Discurso inaugural de la IV Conferencia General de nuestro episcopado en Santo Domingo; “una evangelización nueva en su ardor supone una fe sólida, una caridad espiritual intensa y una recia fidelidad que, bajo la acción del Espíritu, generen una mística”, un incontenible entusiasmo en la tarea de anunciar el Evangelio. En lenguaje neotestamentario es la “parresía” que inflama el corazón del apóstol. «Esta “parresía” ha de ser también el sello de su apostolado en América, Nadie puede hacerles callar pues son ustedes heraldos de la verdad»⁸³.

Es desde esta mística o pasión por el evangelio que estamos llamados a leer los mensajes que Juan Pablo II ha enviado por medio de sus Delegados (Card. L. Aponte, Card. J. Tomko, y Card. C. Sepe) a los sucesivos Congresos Misioneros Latinoamericanos (COMLAs) que desde el de Paraná (Argentina) de 1999, son Congresos Americanos Misioneros (CAM). Hay en todos múltiples convergencias e insistencias pero es el mismo espíritu o mística de la nueva evangelización la que los anima a todos invitándonos a revivir la atmósfera de las primeras comunidades cristianas, como

81 *Redemptoris Missio*, 85; cf. también el n. 32.

82 *Ecclesia in América*, 74b; cf. también CHL 35: «La Iglesia mientras advierte y vive la urgencia actual de una nueva evangelización no puede sustraerse a la misión permanente de llevar el evangelio a cuantos – y son millones y millones

– todavía no conocen a Cristo redentor del hombre. Esta es la tarea específicamente misionera que Cristo ha confiado y cada día vuelve a confiar a su Iglesia».

83 IV CONF. GEN. DEL EPISCOPADO LAT., *Documentos de Santo Domingo*, ed. cit., p. 10.

han sido descritas por la misma *Redemptoris Missio*: «pensemos, queridos hermanos y hermanas en el empuje misionero de las primeras comunidades cristianas, a pesar de la escasez de medios de transporte y de comunicación de entonces el anuncio evangélico llegó en poco tiempo hasta los confines del mundo. Y se trataba de un la religión de un hombre muerto en cruz, “escándalo para los judíos, necedad para los gentiles” (1 Cor 1,23). En la base de este dinamismo misionero estaba la santidad de los primeros cristianos y de las primeras comunidades»⁸⁴.

Para las primeras comunidades cristianas era apremiante el empeño de fidelidad al mandato del Señor, “Vayan por todo el mundo”, y lo debe ser para nuestras Iglesias. «América Latina está llamada a ser el *Continente de la esperanza misionera* – les escribió Juan Pablo II, a los participantes en el III COMLA que se celebró en Bogotá del 5 al 8 de julio de 1987 – Debe y podrá serlo enviando, desde su pobreza, mensajeros que anuncien a todos las gentes el Evangelio [...] Gracias a la conciencia misionera, la Iglesia en América ha hecho ya mucho por el mundo aún no evangelizado. Pero lo que falta y es posible hacer es mucho más. ¡Sí, América ha llegado tu hora! Examinen esta urgencia prioritaria»⁸⁵.

De una manera explícita, el Santo Padre vinculó el compromiso misionero “ad gentes” el compromiso por la santidad, en su mensaje al IV COMLA, celebrado en Lima del 3 al 8 de febrero de 1991: el mejor modo para guardar la herencia cristiana recibida de nuestros santos – y el Papa los enumera – es proyectando a nuestras Iglesias “ad gentes”. «El testimonio de los santos debe ser constante estímulo para que en toda la Iglesia Latinoamericana florezcan nuevos misioneros y misioneras que le entreguen abnegadamente a la misión sin fronteras [...] Abran sus corazones al llamado misionero de Cristo [...] Sólo a partir de una respuesta decidida América Latina será verdaderamente el Continente de la esperanza misionera para toda la Iglesia»⁸⁶.

Juan Pablo II, ha aprovechado todas las ocasiones para exhortarnos a que asumamos y con urgencia las consecuencias de pertenecer a la Iglesia de Cristo, Católica de “derecho”, pero aún no plenamente de “hecho”. En los muchos encuentros de preparación al CAM 2, celebrado en Guatemala del 24 al 30 de noviembre del 2003, hemos ido repitiendo, “gritándolo”, el lema: “¡Iglesia en América tu vida es misión!”.

Sin embargo el camino a recorrer es todavía muy largo: aunque constatemos con satisfacción que va creciendo la conciencia misionera de muchas de nuestras Iglesias, los que de hecho manifiestan el “valor de salir”, son todavía muy pocos ... Sin embargo; entre dificultades y esperanzas, bajo el signo de María, “estrella de la Evangelización”, la Iglesia latinoamericana, se siente conducida por el Buen Pastor hacia esa mayor vitalidad y madurez que le viene de la “parresía” apostólica para enviar a más numerosos misioneros y misioneras “ad gentes”, “ad extra”, “ad pauperes” y ... “ad vitam”.

84 *Redemptoris Missio*, 94d.

85 ACTAS DEL COMLA III, *América, llegó tu hora de ser Evangelizadora*, Bogotá 1988, p. 11.

86 R. BALLAN (ed.), *Memorias del COMLA IV*, Lima 1991, p. 83.

No se trata sólo de vencer el miedo, de salir de la propia tierra al estilo de Abraham, se trata ante todo de acoger el don, la perla preciosa, de “apostar” y comprometerse por lo que el mundo más necesita y entonces caminamos con esperanza. Cristo crucificado y amado, nos invita ahora, una vez más a ponernos en camino, a remar mar adentro. «El mandato misionero nos introduce – nos recuerda Juan Pablo II – en el tercer milenio, invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello contamos con la fuerza del mismo Espíritu que nos empuja hoy a partir»⁸⁷. También las Iglesias de América Latina cuentan y seguirán contando con el “Poder de lo Alto” que las capacita para enviar a más misioneros hasta los últimos confines de la tierra.

87 *Novo Millenio Ineunte*, 58.